

ninguna, aunque su rostro sea a la vez espantoso y ridículo); y recordé también que la moral unamuniana fue agredida en su tiempo por algunos que no pensaban como él, y que eso sucede todavía, en tanto que mi padre (que combatió por la República) y muchos seres como él, se siguen refiriendo a Unamuno llamándolo con esa mezcla de cariño y respeto que suele haber al omitir el apellido y anteponer un tratamiento: respetuosa y afectivamente le llaman *Don Miguel*. Me refiere mi padre (que es uno de los seres más hondos y decentes, más hijos de su conducta y su trabajo que pueblan este planeta desdichado y maravilloso) que por aquellas décadas anteriores a la guerra civil, cuando un conflicto o un acontecimiento nacionales, o un suceso internacional, reclamaban una interpretación correcta, compleja, comprometida, sincera, orientadora—es decir, una interpretación moral—, las gentes de la calle compraban los periódicos para conocer la opinión de *Don Miguel* (que no podía ser otro que Unamuno), o *Don José* (que tenía un apellido torero: Ortega); *Don Indalecio* (naturalmente, Prieto), o *Don Manuel* (éste era Azaña). Así los respetaba la moral popular. Aquellos hombres, entre otros, en lo esencial contribuyeron a la formación y el afinamiento moral de una comunidad. Más tarde se pondría de moda protestar contra el culto a la personalidad. Esto, que fue una necesidad histórica contra aquel culto horrendo a Stalin (culto que no ha cesado todavía, aunque ahora Stalin se haya multiplicado por sí mismo y lleve ya otros nombres), llegaría a ser también refugio de mediocres que al omitir el vano culto prescindían de la admiración. Muy a menudo, las gentes sencillas se niegan a olvidar su débito civil con unos cuantos seres inteligentes, honestos y ejemplares. Las pasiones políticas (o por decirlo con mayor precisión: la intolerancia contra las ideas o las contradicciones de un interlocutor) suelen, desde cualquier ideología, pero esgrimida ésta como se esgrime un arma, reducir al adversario al tamaño trivial de un enemigo, y suelen además considerar adversario—enemigo—a un hombre no en su totalidad sino a través de un aspecto parcial de su persona. Las pasiones políticas, en fin, tienden a convertir a la pasión en intolerancia y soberbia, y tienden a refutar al adversario, a condenarlo, previamente disminuido. Es trabajo de jíbaros. Todavía hoy, en España, no es infrecuente que alguien (que quizá acaba de llegar a la moral por la puerta trasera, y que tal vez ha elegido olvidar que el señor Andropov ha dirigido el KGB antes de codirigir este planeta con la ayuda de un mal aficionado al western) se obstine en llamar reaccionarios, por entero y terminantemente, a aquellos mencionados intelectuales de la segunda República española. Así olvidan, o pretenden hacernos olvidar, dos cuestiones noto-

rias. Una, que nuestros viejos siguen llamando a sus maestros Don Miguel, Don José, Don Indalecio, Don Manuel. Otra, que Unamuno tuvo la fortuna de morir de asco tras haber pronunciado en Salamanca unas palabras memorables que le dieron la vuelta al mundo; que don Manuel tuvo que ser defendido en su exilio de Francia por las autoridades mexicanas para evitar una repatriación que hubiera concluido en una ejecución; que don José permaneció en exilio muchos años y que cuando resolvió regresar no lo hizo para ensuciar su honradez y su inteligencia, sino para morir; y que don Inda cerró sus ojos para siempre en esa especie de patria de urgencia a que llamamos emocionadamente México. Se trata, en suma, de aceptar, y de proclamar, que existen los profesores de moral, que la moral de cada uno de nosotros no ha nacido de la nada, y ni siquiera solamente de la elección de una determinada ideología (he conocido seres sumamente perversos y temibles que decían militar en una ideología de la fraternidad, y he conocido seres fraternales que antepusieron siempre la fraternidad por los seres concretos a la ideología o la doctrina); se trata de saber —y agradecerlo— que esta aventura interminable y necesaria que llamamos la construcción de la moral civil tiene maestros. Maestros que pueden ser contradictorios —como somos todos los hombres—, pero que en lo esencial llevan la libertad, la dignidad, como se lleva una bandera: con decisión, con orgullo y con riesgo. Se trata de saber que esos maestros consienten y a menudo merecen críticas, matizaciones, discusión, pero nunca disminuciones ni desprecio. Se trata de saber que hay hombres que con su rigor y su angustia, con su piedad y su coraje, alcanzan el amor de sus pueblos y contribuyen a acrecentarles su conciencia. Se trata de saber, en fin, que Ernesto Sábato es uno de esos hombres.

* * *

Y sin embargo, como hemos visto a lo largo de estas páginas, concita sobre su persona no únicamente admiración, respeto y gratitud, sino también, con alguna frecuencia, descalificaciones e insultos, que serían bastante ridículos si no fuesen tan entristecedores e indignantes: como siempre son los insultos. He mencionado más atrás «las pasiones políticas». Tal vez sea ésta «la clave del enigma». Las pasiones políticas son, por de pronto, pasiones. Vale decir, son más pasiones que políticas. Lo que distingue a estas pasiones, cuando el apasionado lo es no de un modo general y mundial (no de un modo moral, en fin) sino de un modo partidista, es que están a un